



Zoila Viganó.



La señora Viganó, de abrigo gris oscuro, posa a la izquierda del presidente Juan Perón durante su visita a la Argentina. Archivo: Guido Antezana Viganó, 2011.



Zoila y Franklin en 1948. Archivo: Guido Antezana Viganó, 2011.

### VIGANÓ Y LA LEYENDA DEL "TAPADO" DE TARACO

Juancito, el hortelano, trabajaba la tierra de la hacienda sin descanso bajo los rayos inclementes del sol altiplánico. Aquella faena a orillas del sagrado lago de los incas no iba a ser distinta de las otras salvo por un curioso episodio que afectó la existencia del campesino aymara. Juancito removía el suelo áspero con el arado hasta que un objeto sólido se interpuso en el camino imposibilitando que la yunta continué con su trabajo. Al percatarse de lo sucedido, el joven indio intentó desalojar el objeto que estaba estorbando sus labores pero para su sorpresa descubrió que el escollo no era una roca; el obstáculo constituía algo complejo de retener con la mirada y la razón humana no estaba capacitada para comprender a cabalidad su significado real. El pongo de los Viganó no pudo sobrellevar la impresión que su accidental hallazgo le impuso y durante una noche estuvo divagando ebrio por los alrededores de la comunidad mientras profería lamentos y de su boca salían cánticos incomprensibles. A la mañana siguiente el cuerpo de Juancito fue hallado rígido y sin vida en un terreno baldío. Uno de los campesinos presentes en el lugar que llegó a escuchar las lamentaciones del malogrado hortelano la noche anterior, dijo que éste había descubierto con el arado un "tapado" y por esa razón exclamaba en su borrachera que su vida se extinguiría ese mismo día.

Los rumores de este extraño suceso llegaron hasta los oídos de Ambrosio Viganó, patrón de la finca de Taraco donde trabajaba Juancito, quien deseoso por recibir mayores detalles sobre el final de la vida de su pongo mandó a llamar a los indios más viejos de la comunidad para que le explicasen el significado de aquel incidente. Temerosos y desconfiados, los indígenas de la comarca sólo respondieron lo que consideraban pertinente. Sus ritos y creencias ancestrales les impedían revelar más de lo necesario. Con mayor razón si tenían que hacerlo a un "gringo" ajeno a la sabiduría del pueblo. Ambrosio tuvo que contentarse con saber que el dichoso tapado que horas atrás había producido tan infortunado desenlace estaba relacionado con ciertas piezas precolombinas de cerámica, piedra y metales preciosos desparramadas por el lugar. Sin embargo la curiosidad del patrón no parecía mermar. En un último intento por descifrar aquellos oscuros acontecimientos los campesinos de la hacienda, con el consentimiento de Ambrosio, realizaron una sesión de espiritismo para invocar el alma de Juancito. Después de intentar sin éxito el diálogo con el más allá, el hortelano se manifestó contrariando a los presentes porque ante todo requerimiento sólo se limitaba a responder con una negativa. Ambrosio, desesperado al no obtener respuesta que satisfaga sus inquietudes, le consultó al espíritu del pongo por última vez sobre el sitio exacto donde había hallado el tapado. Juancito le respondió entre burlesco y sarcástico: -¿Para qué quieres más plata *tata*, no te basta con la que tienes? A raíz de este extraño episodio Ambrosio Viganó incrementó sus deseos por conocer de cerca la cultura andina y los tesoros que retiene en

las profundidades del lago Titicaca. Con el tiempo y gracias al interés por descubrir piezas de arte precolombino, el hacendado proveniente de Monza se granjeó la amistad de personalidades rutilantes en el campo de la arqueología boliviana como Wendell C. Bennett y Arturo Posnasky.

### **De Buenos Aires a Coripata**

Como se menciona líneas arriba, Ambrosio Viganó Morgante vino de Monza, región próxima a Milán, en 1896. El italiano llegó a Buenos Aires para trabajar como empleado del servicio local de ferrocarriles. Posteriormente se trasladó, junto a otros italianos, a Bolivia con la intención de mejorar su estabilidad económica. Viganó hizo su arribo a La Paz acompañado por uno de sus paisanos. La Sede de Gobierno ofrecía espacios laborales suficientes para los viajeros, pero éstos prefirieron montar unas acémilas para trasladarse a la zona subtropical de Los Yungas. Después de recorrer varios kilómetros de sendas angostas y precipicios los forasteros llegan al poblado de Coripata. Viganó tenía dinero suficiente para montar un negocio en esas latitudes y como la región era propicia para el cultivo de la fruta y otros productos naturales, decide invertir los ahorros acumulados durante su estadía en Argentina adquiriendo tierras. Trabajando en esos suelos fértiles de naturaleza exuberante conoce a Gumercinda Castañón, dama coripateña que le ofrecerá su corazón y la disponibilidad para organizar un hogar. La pareja tendrá en total tres hijas; Zoila, Neftalí y Blanca.

Ambrosio ejerció un rol aceptable como jefe de familia. Si bien sus hijas crecieron en un ambiente bucólico durante la primera infancia, las escuelas de Coripata eran precarias y los estudiantes necesitaban instruirse con un programa elemental de estudios, mostraron probidad y disposición para recibir la ayuda de una institutriz traída desde la ciudad. Posteriormente las tres niñas partieron a La Paz para ser matriculadas en el colegio. Ambrosio y Gumercinda continuaron en Los Yungas trabajando con ahínco en la actividad agrícola. Con el paso de los años la familia se reencontró en la urbe del Illimani. La situación económica familiar era ampliamente favorable y Ambrosio tuvo tiempo para comprar dos fincas más en la región de Taraco, cerca al Lago Titicaca. Las últimas actividades del emprendedor lombardo estuvieron concentradas en la conducción de la Junta de vecinos de Churubamba, barrio donde tenía su domicilio. Después de haber cosechado éxitos importantes, Viganó dejó este mundo en la ciudad de La Paz en el año de 1957.

### **La encomiable actividad de Zoila**

Zoila no se amilanaba fácilmente ante cualquier eventualidad. Desde niña, apenas contaba con nueve años, adquirió fortaleza para poder valerse sola en un territorio complejo como el que ofrecía la urbe. Dejar el hogar paterno en Coripata fue difícil, pero la pequeña sabía que este distanciamiento temporal sería útil para sus futuros propósitos. Inscrita en el Liceo de Señoritas de Venezuela, la hija de Viganó y Gumercinda demostró aptitudes para el estudio. Posteriormente llegó hasta las aulas de la Universidad Mayor de San Andrés y en esta casa de estudios obtuvo la licenciatura en Derecho y Ciencias Políticas. En una época desfavorable para las aspiraciones profesionales de la mujer Zoila Viganó expuso coraje y ejerció su profesión libremente como cualquier abogado. Por esos mismos años tuvo como colega a la señora Josefa Saavedra, destacada profesional que fue la primera mujer en ocupar un cargo en la Corte Suprema de Justicia. A medida que Zoila se internaba en los ámbitos enrevesados de las leyes, pudo comprobar con sorpresa como el Código Civil emparejaba los derechos de la mujer con las normas y leyes dispuestas para los infantes y discapacitados mentales. Esta situación le indignó. Conocía de cerca el trato que la sociedad tradicionalista y machista dispensaba a las mujeres sometiéndolas a un *status* inferior sin poder ejercer a cabalidad sus derechos civiles. De la misma forma que una leona defiende con garras y colmillos a su camada de cachorros, la combativa Viganó se endosó el traje de mando para comenzar la lucha por los derechos y políticas de la mujer. Durante quince años estuvo peleando para que éstos sean reconocidos plenamente por el Estado; al final, en 1947, se obtuvo un cambio en el Código Civil a través del cual se consagraba la igualdad de condiciones entre hombres y mujeres respeto al ejercicio de los derechos civiles. Antes, en 1935, Zoila fundó la Unión de Mujeres Americanas (UMA) Capítulo Bolivia y el Ateneo Femenino de Bolivia respectivamente, con el objetivo de vigorizar la batalla que sostenía con las

autoridades. El combate fue largo y extenuante, a pesar de ello Zoila no desmayó en la consecución de sus objetivos. Si tenía que escribir artículos en la prensa para difundir las condiciones de sometimiento a las que estaba expuesta la mujer lo hacía sin vacilar. Su actividad feminista incluyó también la defensa de los derechos políticos del sexo femenino en particular el derecho al sufragio.

En 1936, Zoila conoció a Franklin Antezana, destacado profesional cochabambino, con quien conformó un hogar decente y sometido a las normas del respeto. Mientras enamoraron, Franklin fue objeto de ciertas bromas y comentarios desatinados que le hacían sus amigos respecto a las actividades que desarrollaba su prometida: éstos solían espetarle al oído que “tenga cierta cautela con Zoila porque es guapa pero intelectual”. Zoila y Franklin tuvieron tres hijos, Guido, Fernando y Franklin.

Aunque casada y con la responsabilidad de cuidar el hogar, Zoila no varió las ideas con las que comulgaba a diario, beneficiar al prójimo sea éste mujer o no, le satisfacía el espíritu, por ello decidió continuar con las actividades que se había trazado. Junto al sacerdote Tumiri creó la Acción Católica Rural para promover la edificación de iglesias y parroquias en el campo. También tuvo tiempo de incursionar en la política y fue elegida diputada nacional por La Paz en 1960. Ya en 1984 fue acreedora del premio internacional “Mujeres de las Américas “ en Nueva York y el gobierno boliviano, reconociendo su labor abnegada en beneficio de los derechos de la mujer y el niño, le confiere en 1990 el “Cóndor de los Andes”.

Activa hasta los últimos instantes de su vida, esta noble mujer de ojos grandes y sonrisa afable muere el año 2006.